á los cuatro ángulos del mundo esta religion santa, que hace mas de diez y ocho siglos que alumbraba el universo; y la misma virtud que tan grandes prodigios obró, los causasá siempre semejantes, reinando en el corazon del hombre; porque la gracia de Jesucristo jamas perderá nada de su eficacia y poder.

ARTICULO IV.

De la perfeccion evangélica, y de las órdenes religiosas qne la deben su origen.

Dejamos observado que hay en nosotros como dos hombres diferentes, cuyas voluntades están siempre en oposicion [1]: el hombre de carne y sangre, hijo de Adan entregado enteramente á las pasiones, que no ve ni juzga, ni obra mas que por ellas; y el hombre del espíritu y de la fé, que vino Jesucristo á crear dentro de nosotros, cuya patria es el cielo, y cuyas miras todas son tambien celestiales [2]. De donde se sigue, que los sabios que vienen segun el espíritu del primer hombre, no pueden vencer las pasiones sino con otras pasiones contrarias: el amor á los placeres cederá al amor de las riquezas: éste al amor de la gloria: la avaricia enfrenará el lujo: la vanidad á la avaricia;

1 1 Rom. 7, 15, etc,
2 1 Cor. 15, 47, etc.

y el orgullo rerá el regulador esclusivo de todas ellas; pues como el hombre carnal no conoce mas bienes que los de este mundo, es para él, no solo impracticable, sino hasta inconcebible la abnegacion á todas las pasiones [1]. Por el contrario, reduciendo Jesucristo toda su moral á hacer morir en nosotros al hombre sensual por la mortificacion de los sentidos; al hombre ambicioso, por la pobreza de espíttitu; al hombre soberbio, por la humildad de corazon; para formar en nosotros el hombre nuevo, el hombre animado de un nuevo espíritu, de una nueva vida, hace guerra á la vez á todas laspasiones atacándolas en el gérmen fatal de donde se derivan. Y como es difícil poseer bienes de la tierra sin pegarse á ellos, usar con moderacion de los placeres, gozar con prudencia los honores, y librarse de las tentaciones del mundo, en medio del mundo mismo; como el uso de las cosas sensibles naturalmente inpresionan el corazon humano de modo que le apegan á la tierra, le apartan de su verdadero fin, y poco á poco van disminuyendo la aficion á las cosas santas; Jesucristo para prevenir estos imconvenientes, nos aconsejó tambien la renuncia absoluta de todos los bienes' de todos los placeres, y de todos los honores del mundo.

1 Ib. 2, 14.

Por esta razon, aunque santificó por la gracia del sacramento el estado del matrimonio, prefiere, sin embargo, la virtud de la continencia (1), como un medio de servirle con mas libertad (2). "Yo "quisiera, que no tuvieseis ninguna solicitud, de- "cia su Apóstol; pues el marido tiene solicitud por "las cosas del mundo, de como haya de agradar á "su muger. La muger desea tambien agradar á "su marido. El corazon, pues, está dividido; al "paso, que la que permanece en viudez, ó guar- "da virginidad, no se ocupa mas que de las cosas "de Dios, para ser santa de corazon, y de espíri- "tu (3)." Asímismo, despues de mandarnos, *que poseyésemos como si no poseyéramos* (4), añade, para enseñarnos la perfeccion: *Si quieres ser perfecto vé, vende lo que tienes y dá su precio á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo* (5).

Finalmente, no solo nos recomendó Jesucristo la humildad; sino que tambien nos exhorta á regocijarnos cuando fuéremos "humillados, perse- "guidos, malditos, calumniados por su causa: "porque nos espera en el cielo una grande re-

1 Matth. 19, 12.
2 1 Cor. 7, 35.
3 Id. 7, 32, 33, 34.
4 Ib. 7, 30, 41.
5 Matth. 19, 21.

compensa (1);" y la gloria del Espíritu de Dios reposará entonces sobre nosotros (2).

La naturaleza ciertamente no podrá menos de asombrarse á la vista de este despego absoluto, que la priva de todos sus recursos, y parece que abandona al hombre á sí mismo, en una vasta soledad: mas para dar á conocer de un modo evidente, que ni las humillaciones, ni la pobreza, ni los padecimientos le degradan de ninguna manera; que todas las grandezas del mundo nada tienen de verdadera grandeza, y que toda la felicidad del mundo nada puede añadir á la verdadera felicidad; Jesucristo, infinitamente grande, infinitamente bienaventurado en sí mismo como Dios, y predestinado como hijo del hombre á ser colocado sobre todas criaturas, á quien fueron dadas en herencia todas las naciones, apareció en el mundo *anonadado en forma de siervo* (3), fué el primero que practicó los consejos, que se sirvió darnos; y los practicó con tal perfeccion, que solo el Hombre Dios pudiera hacerlo; no solo es el modelo de la pureza mas perfecta, sino que fué el primero que nos dió á conocer la escelencia de la virgidad; y obligó á la negra envidia, que calumnió hasta sus

1 Mattb. 5, 11, 12.
2 1. Petr. 4. 13 14
3 Phil. 2, 7.

milagros, á respetar en su Sagrada Persona la integridad de esta virtud sublime; y por un privilegio que debia caraterizar la pureza del Dios-Hombre, no quiso nacer sino de una Madre Vírgen. No solo aceptó el sacrificio de la cruz, sino que fué á encontrarse con ella (1), obrando como un Hombre-Dios, que expiaba los pecados que no habia cometido, para santificar al mismo mundo que venia á redimir; y dió á la muerte el imperio, que de otra manera no podia tener sobre su Sagrada Persona. No solo nació y quiso vivir en pobreza voluntaria; sino que por una abnegacion propia únicamente del Dios-Hombre, el que viste las flores de los campos, y dá de comer á las aves del cielo, suspendió, por decirlo asi, su omnipotencia, para recibir el pan de mano de los hombres á quienes este Señor lo reparte todos los dias. No solo se humilló, sino que descendió desde la diestra del Padre para anonadarse. Solo un Dios-Hombre hubo que tan profundamente se humillase; porque no hay mas que un solo Dios que pudiese descender desde tan alto. Su cruz, que era locura para la sabiduría humana, y un escándalo para el judío carnal, fué el altar sagrado en donde consumó el misterio de la sabiduría y poder divino, inmolando consigo al hombre sensual por los tor-

1 Matth. 20, 18.

mentos que sufrió; al hombre ambicioso, por la completa desnudez en que murió: al hombre soberbio con los oprobios del pecado con que quiso ser cubierto; y lejos de que todas estas humillaciones disminuyesen su gloria, son por el contrario objeto de su triunfo, y títulos de su omnipotencia. Ellas abren á los hombres las puertas de la eternidad, y reconcilian á la tierra con el cielo. "Porque se humilló por obediencia hasta la muer-
"te, y muerte de cruz, dice el Apóstol, Dios le ha
"exaltado, y le ha dado un nombre, que es sobre
"todo nombre; para que al nombre de *Jesus* se do-
"ble toda rodilla, en el cielo, en la tierra, y en
"los infiernos (1)."

Ultimamente, por una sabiduría y un poder, propios de un Hombre-Dios, y que publicarán su gloria en todos los siglos, Jesucristo nos dió á conocer, y ha hecho que se venga practicando desde entonces esta perfeccion evangélica que se dignó aconsejar á sus hijos; perfeccion que admira, que pasma á la naturaleza, y que parece estar tan sobre las fuerzas del hombre. Toda la elocuencia de los filósofos no habia sido bastante para formar un solo sabio sin orgullo; mientras que Jesucristo solo dijo esta palabra: *Dad vuestros bienes á los pobres y seguidme;* y una multitud de

1 Phil. 2, 8, etc.

cristianos lo abandona todo para seguirle; sin que los desórdenes, ni los escándalos, que á veces se han introducido hasta el santuario mismo, hayan sido un obstáculo, ni lo serán jamas para que Jesucristo deje de tener en todos tiempos imitadores de sus virtudes.

Los apóstoles fueron los primeros en seguir las huellas de su divino Maestro, y en formar hombres que heredasen el mismo espíritu. Los fieles de Jerusalen venden sus bienes, reparten su precio entre los hermanos, se confunden con los pobres, y viven con ellos en la desnudez y humillacion de la pobreza. Una muchedumbre de vírgenes, *cuya conversacion está en el cielo*, retratan al vivo sobre la tierra la pureza de los ángeles. Ninguno de todos éstos son como los filósofos, que afectando austeridad en las costumbres, no saben renunciar al vano deseo de parecer sabios: ocupados estos nuevos sabios en la soledad, no en especulaciones ociosas que alimentan la vanidad, que halagan el orgullo, que atraen los aplausos de los hombres; sino en meditar las verdades santas que encienden el fuego de la caridad y mantienen viva la comunicacion con el cielo, se entregan, lejos de los peligros del mundo, á la práctica de las mas sublimes virtudes, y por evitar los asaltos de la vanagloria, que corrompió la virtud de los antiguos sabios, se sustraen de la vista de los hom-

bres, deseando ser conocidos únicamente de Dios.

Entre esta multitud de solitarios que pueblan los desiertos, unos viven separados, para distraerse menos de la contemplacion: otros, unidos en monasterios, para animarse mutuamente á la práctica de las virtudes celestiales, bajo la direccion de superiores que velan sobre el mantenimiento de la disciplina, y el aprovechamiento espiritual de cada uno de ellos. En los de esta última clase, la obediencia, que es una de las prácticas de la humildad cristiana, es una virtud indispensable, para que reine el órden y la union en su gobierno paternal. Despues se añadió un freno á la tentacion é inconstancia del corazon humano, harto inclinado por desgracia *á mirar atras despues de haber puesto la mano en el arado* [1], obligándole por promesas solemnes á la observancia de *la castidad, de la pobreza y de la obediencia;* promesas, que haciéndose espontáneamente á Dios, cunstituyen una obligacion sagrada, que el hombre no puede rescindir. Tal es el orígen de las órdenes religiosas que vemos en el dia en la Iglesia [2].

---

1 Luc. 9, 62.

2 A nosotros ya apenas nos queda mas que la memoria de estas instituciones saludables, nacidas del Espíritu de Dios. Estaba reservado á los hombres del siglo XIX el descubrimiento de que son incompatibles con las luces del siglo, con las costumbres, con las exigencias de los pue-

" El estado religioso, dice un ilustre prelado,
" no es, pues, una institucion puramente humana,
" supuesto que Jesucristo no menos es el Autor
" de sus preceptos, que de sus consejos, y que
" aprobó positivamente en la conducta de Ma-
" ría, la generosa resolucion de todos aquellos,

---

blos. ¡Qué! ¿el Hijo de Dios pudo *aconsejar* un estado digno de semejantes calificaciones? ¿El Evangelio que nos dió la sabiduría infinita, estará en oposicion con los conocimientos humanos, con el adelanto de las ciencias? Con las luces del siglo, y del siglo XIX, sí; porque estas en muchos son tinieblas con que el espíritu del error fascina sus cabezas. Y ¿quién osará decir, que el Dios de justicia y de santidad puede ordenar lo que es contrario á las buenas costumbres? Si las nuestras se apartan de la regla que debe dirijir-as, entonces malamente se apellidarán así las que son so-o corrupcion, desórden, depravacion, y ved aquí las costumbres á que las órdenes religiosas no pueden menos de contradecir. ¡Las exigencias de los pueblos! ¡Desdichado pueblo aquel, á quien se procura poner en pugna con la religion que profesa, bajo aparentes y mentidos pretestos. Si este lazo que se tiende á su sencillez llega á alcanzarle, no hay remedio: el desenfreno y la anarquía será el premio de su obcecacion. Esta verdad práctica hace obrar en contrario sentido á naciones que se vanaglorían de ser las maestras de la ilustracion: procuran levantar lo que en momentos de delirio, para su mengua, echaron por tierra: y esta conducta es la mejor respuesta á los que no se abstienen de reproducir los mismos motivos que se hallan reprobados por los propios autores.—D. T.

" que siguiendo el dulce atractivo de una voca-
" cion especial, le hacen un sacrificio total é irre-
" vocable de su persona, consagrándose en un es-
" tado perfecto á la contemplacion perenne de sus
" bondades, y de sus grandezas."

' Por tanto, lejos de que el estado religioso sea
" indiferente ó estraño á la religion, la religion
" por el contrario, está vivamente interesada en
" la práctica de los consejos evangélicos, tan anti-
" gua como la Iglesia cristiana, y comun casi á
" todos los cristianos de la Iglesia naciente; prác-
" tica que se perpetuó entre los fieles, y que ha
" producido en todos los tiempos esos ejemplos
" brillantes, por la santidad de sus costumbres,
" que sirven para distinguir la verdadera Iglesia
" de las sectas, que se han formado separándose
" de ella [1]."

Los institutos particulares añaden á los tres votos de religion ciertos ejercicios de piedad, que son otros tantos medios para facilitar la observancia de aquellos, y de mantener el fervor. Muchos están tambien dedicados al santo ministerio, á la intruccion de los pobres, al consuelo de los enfermos, y á otras muchas obras de misericordia, igualmente útiles á la sociedad civil, que á la edificacion de

---

1 Mandamiento de Mr. el Cardenal de Malines para la cuaresma de 1787.

la Iglesia. Y si es cierto, como nos lo enseña la fé, que no existe el hombre sobre la tierra para buscar, como el reptil, el alimento de un dia para morir un momento despues, sino para hacerse digno por el ejercicio de las virtudes de una vida bienaventurada y eterna: si es cierto que el reino de los cielos es el fin y término de la creacion, y las miras de la Providencia el blanco á que deben dirijirse todos los designios de los hombres, todos los sistemas de gobierno, y la institucion de todas las monarquías del mundo: si es cierto que el universo entero solo existe para formar el reino de Jesucristo [1]; y que las oraciones y méritos de los santos atraen sobre la tierra las bendiciones del cielo, y suspenden las venganzas divinas [2]: si es cierto que no hay medio mas eficaz que el ejemplo para conservar las costumbres, que son el garante mas seguro de la fidelidad de los pueblos y de la prosperidad de los estados; si es cierto, en fin, que el mismo Jesucristo es quien nos ha enseñado con su ejemplo y doctrina la práctica de los consejos evangélicos, ¿se podrá, sin abjurar la fé, sin injuriar á Jesucristo y á su religion santa, confundir con la clase de los ciudadanos ociosos y despreciables á estos cristianos generosos, que

1 Heb. 2, 10.
2 Act. 27, 22, 23, 24.

tienen valor para abrazar un estado de perfeccion, que es un milagro de la gracia; á estos hombres religiosos que desde el centro de su retiro levantan las manos al cielo para hacer bajar las bendiciones, y suspender su ira; y que desconocidos como son al mundo, predican sin embargo el Evangelio al mundo, por la publicidad de sus virtudes?

¿Se pretenderá acaso hacernos temer que se quede desierta la sociedad por poblar los claustros arrebatados los hombres del deseo de practicar la perfeccion evangélica? Repítase esto mil veces: nosotros dirémos que Jesucristo, que ha provisto al bien de la sociedad, como al de la religion, no llama á la perfeccion cristiana mas que á un corto número de escojidos; sin dejar á la voluntad de los hombres la diversidad de vocaciones, que el Señor ordena y dispone. A uno que lo queria seguir y se lo rogaba, le respondió: *Vuelve á tu casa, y cuenta á tus parientes las grandes gracias que has recibido* [1]. Tambien dijo á otro: *Vé, vende lo que tienes, dá el precio á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, y sígueme* [2].

Vese claro por aquí, que Jesucristo al llamar á sus discípulos al apostolado les exijió una abnegacion absoluta á todos los bienes de la tierra, pa-

1 Marc. 5, 19.
2 Matth. 19. 21.

ra disponerlos así, á las penosas fatigas de su ministerio. Obedezca, pues, cada uno á la voz que le manda; y sin dejar vacío en la sociedad, concurrirá al bien público, segun la medida de los dones que haya recibido, y la diversidad de la vocacion, sirviendo á la armonía del cuerpo político, en vez de ser un ente, sin destino ni utilidad. La abnegacion absoluta, es por sí harto dura á la naturaleza para que no deba de temerse mas, que en vez de entregarse á ella la multitud indiscretamente, por el contrario, el número de los que fueron llamados resistan á la voz de Dios, por seguir una vida mas cómoda.

Tal vez diga el impío, que los consejos evangélicos son impracticables. Pues bien: su dicho nos dará derecho para concluir, que los que efectivamente los practican deben ser sostenidos por una fuerza mas que humana; y que el Legislador que los hace observar, está revestido de un poder divino: porque al fin, cualesquiera que sean los abusos y escándalos que haya en los estados mas santos, siempre se verán en ellos estas virtudes grandes y brillantes tanto como sólidas, y que están sujetas á tan fuertes pruebas, que seria imposible ni aun sospechar de su sinceridad.

Pero ¿cuál es esta fuerza divina, este atractivo poderoso, capaz de hacer amar la austeridad de los consejos evangélicos? ¡ Ah ! Esto es un secre-

to de la sabiduría eterna, que los sabios del siglo no comprenderán jamas, poque no conocen la fuerza ni la dulzura de unos sentimientos que nunca esperimentaron: ellos no pueden entender cómo el hombre encuentra delicias en aquello que parecia debia entristecer el corazon humano. Es un sentido qne les falta, y por decirlo así, un tacto sobrenatural, que no puede idearse cuando no se ha esperimentado jamas. Una madre coloca su dicha en los penosos cuidados que emplea por su hijo: forma sus delicias aquella misma vigilancia que parece servidumbre, siendo el cariño maternal quien la hace suave y ligera esta carga. Un cortesano tolera con alegría las mas duras fatigas á vista de su señor por el deseo de agradarle: la ambicion le hace ligero este yugo. ¿Qué no hará, pues, la caridad en el corazon del cristiano que se considera cercado por la inmensidad de Dios, de su grandeza, de su bondad, de su misericordia, cuando abismado en el océano de sus perfecciones infinitas, piensa que ve, que respira en el seno paternal, qne todos los instantes de su vida, que todos los tesoros de la naturaleza, que todos los bienes de que goza son beneficios de su bondad infinita? ¿Cuando reflexiona sobre las gracias especiales que desde que nació se le vienen dispensando por el discurso de toda su vida, para librarle de los peligros, para asistirle con auxilios, para

evitar mil veces que perezca? ¿Cuando contempla que este Padre amoroso le asiste sin cesar, y está junto á él para animarle, para sostenerle, para consolarle en sus penas: que siendo testigo de sus pensamientos, y observador de sus combates y padecimientos, ha de ser tambien algun dia remunerador de su fidelidad: que su recompensa será nada menos que gozar de Dios; y que esta dicha durará por toda una eternidad? ¡Qué dulzura, qué alegría, qué atractivos esperimentará en medio de los trasportes de amor y gratitud, con que bendecirá á este Padre amoroso, con quien conversará acerca de su naturaleza, sobre su religion, de sus grandezas, de sus beneficios: derramará su corazon ante su presencia: le adorará, le manifestará sus necesidades, implorará su asistencia, y le ofecerá humildes y fervorosas acciones de gracias! ¡Cuán en poco tendrá entonces la privacion de los placeres y de los honores que no tienen entrada en su corazon: la fuga de las tentaciones, cuyo peligro teme, y la renuncia de todo lo terreno, cuya nada conoce! Cuán fácil le debe ser el triunfo sobre las pasiones tantas veces ya vencidas, y por consiguiente ya debilitadas! Y si todavía los sacrificios y padecimientos son dolorosos á la naturaleza, ¡cuán templada se halla su amargura por las efusiones de la caridad, y la segura esperanza de la recompensa! ¿Qué podrá el universo entero contra este

cristiano? Su propia felicidad está siempre consigo, porque siempre está con él la proteccion de Dios. Todo puede conseguirlo con la ayuda de este Señor, porque todo lo tiene prometido á la oracion (1); y con la asistencia de su gracia, los sufrimientos y las desgracias mismas de la vida presente, aumentarán la medida de su felicidad. Así es que los que llevan por entero el yugo del Señor, lo encuentran dulce y ligero: solo es insoportables para los que solo quieren llevarlo á medias; pues cuanto menos se ama á Dios, mas disgusto causan las cosas de Dios; y por el contrario, cuanto mas se hace por Dios, mas se acrecienta su amor con el mérito de las obras, haciéndonos gustar la dulzura que trae el servirle. S. Pablo *se regocijaba en los padecimientos* (2), *y su corazon era inundado de alegría en medio de las tribulaciones* (3); y el solitario, el religioso, que así como el Apóstol vive en las austeridades, en la penitencia, y que baña cada dia con sus sudores y su sangre la tierra de los infieles, esperimentará tambien los mismos consuelos, y hablará el mismo lenguaje.

De todos los filósofos que en el dia enseñan, como lo hacian en otro tiempo los estóicos, que el

---

1 Joan. 14. 13.
2 Col. 1. 42.
3 2 Cor. 7. 4.

sabio se basta á sí mismo, que no tiene necesidad mas que de sí mismo, y del testimonio de su conciencia para ser feliz, ninguno hay que deje de ser desmentido por la esperiencia propia, y que no haya dado una prueba personal en favor de lo contrario. Si huyen de los hombres, es porque los aborrecen: si rehusan verlos, es por la persuasion en que están de que todos son malos: si los aprecian con cierto desden y orgullo, es porque los que esto hacen, se creen mucho mejores. ¿Cuál es la causa de que ninguno de estos sabios haya pensado en desterrarse voluntariamente á una soledad desconocida? Y ¿por qué, al contrario, tienen buen cuidado de establecerse en las cercanías de ciudades populosas, cuya proximidad naturalmente debe escitar la curiosidad de conocerlos, mientras que el solitario formado por la religion, el solitario amigo de Dios, convencido de su fragilidad, de su impotencia, humillado á vista de sus propias flaquezas, hace todos los dias lo que el sabio jamas podrá practicar? Nace esto de que el sabio que pretende bastarse á sí mismo, por lo menos tiene necesidad de sustentar su pretendida virtud con la vana opinion de los hombres que desprecia; y porque viéndose solo, quedaria reducido á la nada: en vez de que el solitario viviendo de la fé, se encuentra siempre con Dios en la soledad. Esto lo obra, por decirlo así, la magia del

amor divino, que parece cambia la naturaleza de las cosas, por el dominio que ejerce sobre el corazon humano. Pero "el hombre animal y terrestre no conoce las cosas que son del espíritu de Dios. Son á sus ojos como una locura, y no puede comprenderlas, porque no puede juzgarse de ellas sino por el espíritu de Dios [1]." *El hombre espiritual puede, por el contrario, juzgar de todo*, porque tiene por regla el espíritu de Dios, que es espíritu de verdad; y él *no puede ser juzgado por nadie*, porque es necesario tener el espíritu de Dios para conocer las cosas que vienen de él (2). El yugo del Señor, pues, es verdaderamente ligero y suave (3) para los que le llevan; y Jesucristo fiel en sus promesas, dando, á los que dejaron todo por seguirle, *ciento por uno en este mundo, y la vida eterna en el otro* [4].

ARTICULO V.

De los motivos con que Jesucristo nos anima á la práctica de sus divinos mandamientos.

Dos solos son los motivos capaces de someter el corazon humano al imperio de la ley: el mo-

1 1 Cor. 2, 14.
2 Ib. 2, 15.
3 Matth. 11, 30.
4 Ib. 19, 29.

tivo de justicia, y el de interes: es decir, el amor de Dios, y el amor de nosotros.

El Autor de nuestro sér, el principio de la vida, el Soberano del universo, la sabiduría eterna, el orígen de todo bien, que es justo por esencia, y nada manda que no sea para hacernos felices, tiene un derecho indisputable á todo nuestro amor. Este es el lenguaje de la Ley natural; pero cuando la fé nos habla de las grandezas de Dios, de su amor, del sacrificio de su Unigénito Hijo, de la inmensidad de sus misericordias, del valor infinito de su gracia, ¡ah! ¡cuánto mas elocuente y mas enérgico es todavía este lenguaje!

El amor de nosotros mismos nos inspiraba el deseo de la felicidad; y la razon nos decia que la felicidad preparada por un Dios de justicia para el hombre justo debia de hallarse en la otra vida, supuesto que en la presente no se poseia; pero la imajinacion, que confundia la naturaleza del cuerpo con la del espíritu, creia ver la aniquilacion del hombre en el sepulcro; y en esta ansiedad se preguntaba á sí misma: ¿Qué será esta felicidad futura? ¿Cuánta su grandeza? ¿Cuál su duracion? Pero la razon nada respondia; y por esta incertidumbre, la perspectiva de este bien, que solo se divisaba á lo lejos, y como al través de espesas nubes, disminuia el interes por ella, y no oponia mas que una débil resistencia á las pasiones

que se apoderaban de todos los sentidos, y prometian sin cesar una dicha presente y sensible.

Mas vino la fé á derramar la luz sobre las sombras de la tumba, y á reanimar nuestras esperanzas con la magnificencia de sus promesas, mostrándonos la existencia de una vida futura, valiéndose, no de simples discursos, que luchan siempre con la ilusion de los sentidos, sino de la palabra de Dios, que es la verdad eterna; y la recompensa que promete á la virtud, es recompensa propia para séres inteligentes, y tal, que ni *el odio lo haya jamas oido, ni el espíritu del hombre seria capaz de concebir* [1]: esto es, escederá á cuanto la ambicion del hombre pudiera aspirar jamas. La pena de los malos será un abismo de fuego. La duracion de las recompensas y de las penas será la de la eternidad. La medida de las penas será proporcionada al pecado, para cuya espiacion fué necesario que se derramase la sangre preciosísima de Jesucristo, Hijo de Dios, y Dios verdadero. La medida de las recompensas será conforme á la magnificencia de un Dios que nos asocia á sus méritos, para hacernos participantes de su gloria. Pero ¿por qué título podrémos asociarnos á sus méritos? Por el de que formando con él un mismo cuerpo, como miembros suyos que somos, de-

1 Cor. 2, 9.

bemos participar tambien de su triunfo por el espíritu de adopcion que hemos recibido. Esto supuesto, ¿en qué consistirá la felicidad que nos tiene prometida? En la posesion del mismo Dios, que siendo por esencia la bondad infinita, penetrará todas las potencias del alma con la inmensidad de su presencia: ilustrará el entendimiento con su soberana luz: abrasará con su amor la voluntad: derramará sobre los justos la paz y la alegría; y alimentándolos así con el solo sustento capaz de saciarlos, sin que se apague jamas la sed, colocará al hombre todo entero en el reposo, del que por su naturaleza es el principio y fin de todas las cosas.

El Soberano Legislador á quien debemos estas promesas es el mismo Dios, que nos las ha proporcionado y merecido. El garante de nuestra inmortalidad es el imperio que ha ejercido sobre la muerte, resucitándose á sí mismo. La justicia que ejerce en este mundo cumpliendo con su asistencia divina las promesas que hizo á su Iglesia, y llevando á efecto las venganzas con que amenazó á la nacion que le crucificó, son la prenda y señal de la que ejercerá en el otro mundo. ¿Será posible, pues, que el hombre cuando llega á penetrarse de estas grandes verdades, el hombre, que tan ansioso se muestra siempre de su propia felicidad, deje de concebir un valor invencible para

emprenderlo todo, para superarlo todo, para sacrificarlo todo, para sufrirlo todo, antes que faltar al cumplimiento de la ley de Dios? O ¿podrá traspasarla alguna vez sin temblar, sin estremecerse?

CAPITULO V.

De la Iglesia, y de los auxilios que nos ofrece para cumplir con la ley de Jesucristo.

No se limitó la bondad infinita de Jesucristo á ilustrarnos con las luces de la fé, y á asistirnos interiormente con las inspiraciones de su Divino Espíritu; quiso ademas depositar en las manos de sus ministros una porcion de su poder, para que con él cooperasen á nuestra salvacion. Mas antes de esponer los auxilios que encontramos en el seno de la Iglesia, es muy conveniente dar á conocer su naturaleza y constitucion.

ARTICULO I.

De la constitucion de la Iglesia.

Hemos observado ya que estando la Ley natural sujeta á las disputas de los hombres, y á ofrecerse á la vista de éstos con los colores que pudieran darla las pasiones y preocupaciones, tocaba á la bondad infinita del Supremo Legislador que la habia grabado en nuestro corazon, fijarla por